


El arte de romperlo todo

MÓNICA VÁZQUEZ

@electricnana



SUMA

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi familia.
Por nosotros.
Por la música.
Por todo lo vivido en las trincheras.*

Prólogo

No. No se trata simplemente de una novela que cuenta las aventuras y desventuras de una joven que decide huir de todo y marcharse al país en el que siempre quiso vivir. En *El Arte de Romperlo Todo* hay muchos caminos que seguir y muchas vidas entrecruzadas. Un manifiesto deseo de libertad, de sueños por cumplir y de ilusión persigue a Miranda, nuestra protagonista, que se convierte en un ser gris por culpa de individuos que pretenden arrebatárselo. En un momento en el que ya no puede más, cuando ella cree ser una mujer débil por no soportar la situación que le ha tocado vivir, tiene la valentía de empezar de cero y tratar de escribir su propia historia, la que ella siempre ha querido.

Es muy emocionante ver cómo a una chica normal, de esas que no salen en las portadas de las revistas, ni quizá en las de los discos porque no tiene el físico escultural y modélico que nos quieren vender a toda costa y que, se presupone, es lo que verdaderamente importa, la vida le va sonriendo poco a poco. En su país favorito encuentra a una nueva familia que la quiere por ser una chica adorable y, sobre todo, la respeta.

A lo largo de todas estas páginas, Mónica Vázquez nos presenta otra faceta de su carrera artística y me atrevo a decir que lo hace más desnuda que nunca. Aparecen infinitos momentos con tintes autobiográficos, clave para entender la trama, con personajes muy reales y que ella describe con una fortaleza que deslumbra. A través de una interesante, excitante y atractiva relación de amor y pasión, que narra con absoluta maestría, nos encontramos una crítica feroz a cierto sector de la industria musical.

Lo que Mónica grita es que, en los negocios, no vale o no debería valer todo. No se puede mentir. No se puede robar. Nadie tiene derecho a manejar a su antojo, y solo

por beneficio propio, la carrera y la proyección artística de talentos como Miranda. Porque lo que viene después es tirarla a la basura y apartarla de la sociedad, borrarla por si ensucia o molesta. Destrozar la vida del ser humano a esos niveles también es un delito, que no se puede justificar con ningún tipo de contrato.

Y, si la autora publica su primer libro en el año en el que cumple treinta, ¿cuándo empezó a escribirlo? Quizá este sea el principio de su sueño hecho realidad. Esperemos a una segunda parte.

I

Septiembre de 2015. Sobrevolando algún punto indeterminado de Francia.

—¿Desea algo más, señorita?

Me pasé la mano por el pelo, desordenándome los rizos en un arranque de melodrama barato, y miré a la azafata con un derrotado parpadeo.

—Eh..., ¿más alcohol? ¿Es posible? —«Menuda pregunta más estúpida, por supuesto que es posible, siempre es posible tomar más alcohol», me contesté a mí misma con acidez.

—Bueno, estamos ya a punto de aterrizar señorita...

Me tenía lástima. La azafata me tenía lástima. Era oficial: había llegado a lo más bajo de mi existencia, a ese momento con el que compararía todos los demás momentos de mierda que estuvieran por llegar. «Por lo menos llevo pantalones. Quiero decir..., podría ser peor».

—No te preocupes... ¿Susana te llamas? —pregunté mirando la plaquita que llevaba en la solapa de la chaqueta. Me encantaba hacer preguntas estúpidas cuyas respuestas conocía. Porque en el fondo ser un poco gilipollas era una cosa que me causaba mucha satisfacción de vez en cuando.

—Sí —sonrió condescendiente.

—No te preocupes, Susana, tú ponme otro vodka que la tierra no va a desaparecer porque yo aterrice un poco más borracha. —La azafata borró su paciente sonrisa y me regaló un pequeño mohín de puro y maravilloso hastío. Me trajo la copa dos minutos después y la dejó en mi bandeja sin mirarme apenas.

—Gracias, Susana. Eres estupenda. Que no te diga nadie jamás lo contrario —le dije con el típico dedo índice acusador. La pobre azafata frunció el ceño y ladeó la cabe-

za. Escupió una raquítica sonrisa y desapareció con paso inquieto. Tardaría un tiempo en entender lo que le había dicho.

Pero ella realmente era estupenda... Seguro que sí, vaya. La que estaba siendo una imbécil de manual era yo. Hacía tiempo que cada vez que bebía me convertía en una extraña, mordaz y sutil, capaz de decir las cosas más terribles y sentir las cosas más feas de manera espontánea, sin pensarlo siquiera. Me dejaba llevar por el lado oscuro, me convertía en Sith Miranda y destrozaba todas las cosas bonitas y sencillas que tuviera a mi alrededor. Era odiosa cuando bebía, pero me encantaba odiarme, así que estaba en un círculo vicioso constante en el que la pobre Susana se había visto envuelta por un instante, sin saberlo.

Sí. Susana era estupenda. La que era un despojo humano era yo, sentada en primera clase en un vuelo que no debería de haber cogido, destrozando mi vida sin pensármelo dos veces... Y sentaba francamente genial. Me llevé un puño al pecho en un gesto reflejo a lo Escarlata O'Hara. De haber alargado la otra mano habría podido arañar la tierra de Tara.

Me juré a mí misma que nunca me dejaría llevar por el dramatismo descolorido de los músicos que sienten cómo se disuelven sus almas en el tracatrá de la industria musical, pero ahí estaba. Apurando vodka en un vasito de plástico sobrevolando Europa, amarrada al asiento de un vuelo que en realidad no me podía permitir, con tan solo lo puesto, un bolso enorme y un puñado de excusas malísimas que apenas había alcanzado a esbozar a base de botellitas de alcohol de la Barbie que daban en el avión. La había liado parda, y ni siquiera podía fingir estar arrepentida.

No había podido evitarlo.

Sentía la imperiosa tentación de olvidar, correr, poner tierra entre mi futuro y yo. Estaba a punto de cumplir treinta años, y no pensaba cruzar esa puerta sin matar a quien

había sido hasta entonces, antes de que ella me matara a mí.

Rematé el vodka con la poca determinación que me quedaba a esas alturas de la película y solté un brusco suspiro. Del uno a «tirarse del avión sobrevolando Francia», ¿cómo de estúpido era lo que estaba haciendo?

Sonreí. Un escalofrío de secreta satisfacción iluminó mi cuerpo. Me sentía como si estuviese respirando por primera vez en mucho tiempo. Llevaba años muerta en vida..., y me acababa de dar cuenta.

Pensar en la muerte me daba ganas de hacer cosas. Y de beber y fumar y tirarme a alguien en el baño, y de comerme un Big Mac.

Entrecerré los ojos dejándome llevar por la hipnótica visión de una preciosa y grasienta hamburguesa. No era capaz de recordar la última vez que me comí una. Pero de eso había ido mi vida los últimos siete años: de ignorar todo lo que quería hacer, y luego borrar lo mal que me hacía sentir dejar de ser quien quería ser. Y se me daba genial. Ese era mi verdadero talento: cantar, componer..., eran la tapadera perfecta para consolidarme como artista del olvido.

Había conseguido desarrollar un verdadero don, una especie de licencia artística que te tomas a la hora de dibujar tu vida, de cincelar tu visión de las cosas, estirando la realidad hacia el horizonte que más cuadra con tu mapa mental del mundo. No se trata de cambiar lo que ha pasado ni de mentirte a ti mismo: es más bien una libre interpretación de tu verdad; como si versionaras una canción antigua que, sabes, podrías rediseñar para que encajara un poco mejor con tu fondo de armario emocional.

Así que no, no me estaba engañando a mí misma cuando entré por la puerta del aeropuerto. No estaba mintiendo cuando apreté con esperanza el billete de avión contra mi pecho nada más comprarlo, ni tampoco cuando me repetía una y otra vez que no pasaba nada, que todo iría

bien, que era un viaje para disfrutar, nada más. Simplemente estaba haciendo lo que mejor sabía hacer: fingir una estúpida verdad.

«¡A ver qué tal! », pensé con poca o ninguna fe en el futuro.

—Damas y caballeros, les habla su capitán. Son las 19:22, hora local. En unos minutos comenzaremos las maniobras de aterrizaje. Bienvenidos a Edimburgo.

Me asomé a la ventanilla. Ahí estaba. Edimburgo. Mi Camelot personal.

Ese maravilloso rincón del mundo en el que tenía la suerte de vivir mi estrafalaria abuela. Recordé la primera vez que la vi. Tenía cinco años y estrenaba vuelo de avión, país, abuela y maleta con ruedas. Vino a buscarnos al aeropuerto con un gato atado a una correa. Estaba segura de que fue la primera *hipster* en pasear a su gato, y entonces no existía Instagram para petarlo.

Solo de pensarlo me dolía un poquito.

Un zarpazo y medio después mi *miniyo* aprendió que los gatos pueden llegar a ser muy malas personas y que lo de la correa no era tan mala idea.

Después de ese viaje volvimos casi todos los veranos de mi tierna infancia, aunque mi abuela y su gato nunca nos hicieron mucho caso, la verdad. No tenía teléfono ni internet ni la más mínima intención de usarlos jamás, pero nos mandaba cartas a casa de vez en cuando y en Navidades me regalaba un juguetito de madera. Daba igual que al otro lado de Europa me estuviera comprando sujetadores, dejando mi primer trabajo, probando la cocaína o perdiendo la virginidad. Juguetito de madera. Siempre. Así que no podía decirse que tuviera una relación de verdad con mi abuela, no.

Solté un brusco suspiro cuando las ruedas tocaron tierra. Recogí el bolso de viaje del suelo y me enderecé en el

asiento. Rebusqué en su interior, cerciorándome de que lo llevaba todo. No había sacado nada, pero era un gesto reflejo que había adquirido después de tantos kilómetros en furgonetas destartadas, tantas horas en camerinos cutres y tanto *backstage* abarrotado de extraños. Un suspiro traidor se escapó de mi boca. Me acababa de ir y ya echaba de menos la vorágine, el ruido, los focos, el humo, el rock. Dios. ¡Era una yonqui! Iba a tardar más de lo que imaginaba en desengancharme, podía notarlo.

Aceleré el paso atravesando el aeropuerto con un rictus hecho sonrisa, o una sonrisa hecha rictus, intentando que el vodka no se quedase con lo mejor de mí.

Caminé decidida hacia la cola de los pasaportes. Nunca había sido muy de huir, pero tenía que admitir que tenía cierto *glamour*. Me sentía como un personaje secundario de la saga Bourne, de los que mueren en los primeros quince minutos pero, eh, ¡ahí están! Sonreí con picardía a la nada y me pasé la mano por el pelo intentando ordenar mis rizos un poco.

No tenía una melena tan arrebatadora como la de mi madre, pero tampoco podía quejarme. Mi padre solía decirme que me había quedado con lo mejor de las dos casas. Vamos, que era clavadita a él, con su pelo negro y sus ojos aún más negros. El único vestigio de mis raíces escocesas quedó reducido a mis rizos, unas cuantas pecas y una risa fácil. Mi madre sonreía y decía que no me preocupara, que por dentro era escocesa, medio humana, medio hada. Había leído demasiadas veces a Tolkien, sí. Por eso, cuando empecé a cantar y a hacer música y la veía emocionarse porque su niña hacía magia, decidí no contarle dónde se guardaban los conejos de las chisteras. El choque con la realidad cuando descubrí todo eso de los contratos discográficos, el *autotuning* y las mafias de los medios de comunicación fue devastador. Porque yo también había leído demasiado a Tolkien, y podía sentir cómo un trocito de mí se

desintegraba, canción a canción, chanchullo a chanchullo, verdad a verdad.

Me giré levemente y vi la enorme cantidad de gente que se amontonaba detrás de mí. Me retorcí un poco. Me coloqué las bragas en un movimiento automático y clavé la mirada en el infinito.

Ahí estaba yo, Miranda Nieves, metiéndome mano en mitad del aeropuerto de Edimburgo y suicidándome profesionalmente porque «por qué no»... Sonreí desafiante a... nadie y salí del aeropuerto tranquilamente, como si supiera adónde me dirigía. No tenía ningún plan, ningún horario ni escaleta. No tenía que estar en ninguna parte ni llegar a ningún lugar. Una profunda sensación de paz aletargaba mis sentidos. Me subí al primer autobús que salía hacia la ciudad y dejé que todas mis certezas desaparecieran.

Cerré los ojos. Fogonazos de mi vida anterior se materializaban a gran velocidad a mi alrededor en densas humaredas de angustia mientras mi consciencia parpadeaba queriendo desaparecer. La humareda empezó a despejarse y justo cuando me iba a quedar dormida, apoyada incautamente contra el cristal, un pellizco de pánico iluminó mi cabeza antes de que la oscuridad se hiciera definitivamente con mi cerebro. «¿Y si no lo conseguía? ¿Y si todo me salía mal? ¿Y si...?».

II

Seis meses antes. Abril de 2015. Oviedo. Antes de un concierto.

—Nieves, ¿estás preparada?

Miré a mi alrededor confusa. «¿Preparada?». Me ajusté la correa de la guitarra, comprobé que tenía batería y asentí con la cabeza. Preparada. Solté un rápido suspiro y miré a Tomás, mi *road manager*: el hombre que se encargaba de que mi mundo siguiera girando, el que me acompañaba a todas partes, se cercioraba de que todo salía bien en la carretera y se tragaba, siempre con una sonrisa, los buenos momentos, los no tan buenos y los malos malísimos. Los malos malísimos estaban empezando a ser un poco más numerosos últimamente. No sabía muy bien si era algo que pasaba de manera natural en la carrera de todo músico o si se trataba de algo un poco más propio de mi maravillosa, caótica y terrible circunstancia.

Nunca pensé que algo podía ser maravilloso y terrible al mismo tiempo hasta que, un buen día, me levanté y me di cuenta de que era músico. Me desperté a kilómetros de mi cama y me di cuenta de que la música había ido devorando poco a poco mi vida hasta que ya no quedó nada, y solo la tenía a ella, un par de cervezas calientes y restos de drogas ajenas en un camerino de mierda en un pueblo perdido de España.

El problema estaba en que no era un gran músico. Nunca lo sería. No tenía el talento, el tesón y la paciencia necesarios, y a veces me preguntaba si sentía siquiera la suficiente pasión por el escenario, el público y todo lo que hacía de la música el mundo que realmente era. Pero no podía evitar escribir canciones. Y escribía sin parar.

La verdad es que dos minutos antes de salir al escenario no era el mejor momento para plantearse ese tipo de cosas, pero no podía evitarlo. Se había convertido en una especie de macabra tradición secreta. Paladeaba la sensación de que no me merecía estar ahí, que nunca lo haría.

Ese era mi momento, a dos minutos de empezar a tocar, entre bambalinas, mirando cómo los técnicos hacían los últimos arreglos en un escenario en penumbra, mientras el público gorjeaba suavemente y esperaba a que empezara el espectáculo. Era mi momento de regodearme en mi patética verdad de no merecer las cosas buenas que me pasaban. Me recostaba en la punzante certeza de que era pequeña e insignificante y me preguntaba: «¿Por qué habrá venido tanta gente a ver a una tipa tan mediocre?».

Me quité los brillos del maquillaje con la mano, me re Coloqué el escote y clavé la mirada en mis pies. Odiaba llevar tacones. Odiaba toda la ropa que tenía puesta en ese momento. Estiré la minifalda todo lo que pude para que no pareciera un puñetero cinturón venido a más y solté un amargo suspiro. ¿Por qué me dejaba convencer siempre? ¿Por qué me esforzaba tanto por cumplir las asquerosas expectativas estéticas de mi compañía? ¿Y por qué me hacían vestir como una prostituta de Denver adicta a los estampados y a los chicles de nicotina?

Levanté la mirada y me encontré con la de Tomás. Se movía con una calma hiperactiva, repasando cables, haciendo apuntes de última hora a los técnicos... Habíamos hecho esto tantas veces que los nervios se habían convertido en un pacharán de media tarde. Nos lo sabíamos todo de memoria, no nos hacía falta hablar, sabíamos qué teníamos que hacer, qué iba a pasar. Me sonrió suavemente, de dentro a fuera, leyendo en mi cara las ganas que tenía de salir corriendo por cualquier puerta. Intercambió unos cuantos gestos con el operador de escenario y me guiñó un ojo. La hora de la verdad.

«Primero un pie y después el otro», repetí para mis adentros. Era mi mantra de los últimos años. «Primero un pie y después el otro». Sin más. Solo seguir andando, hacia lo que quiera que venga.

Caminé hacia el escenario me recosté en la posibilidad de que a lo mejor esa vez no me sentiría como una puñetera estafadora. Pero lo dudaba. El mundo del espectáculo es sudor y purpurina, nada más. Y cada vez que jugaba a saber lo que hacía, cada vez que desempeñaba mi papel como se me pedía, me ahogaba en la pringosidad de la industria de la ilusión. La muerte de la realidad. La irresistible belleza infame de la ficción.

Lo odiaba y lo amaba en igual medida. No podía evitar estar allí. Toda esa locura era lo único que tenía sentido para mí. La música era el único idioma que entendía, las únicas palabras que encontraba. Sin ella habría estado perdida..., torpe, ciega, sordomuda, tarareando canciones de Shakira sin parar. Estaría atrapada dentro de mí misma. Hablando Shakira. Todo el rato.

El horror.

No tenía más opción que estar allí y ver cómo la industria me devoraba poco a poco, destruyéndome por dentro y por fuera. No tenía más opción que formar parte de aquello que me repugnaba mientras fantaseaba intensamente con desaparecer.

—¡Damas y caballeros! ¡Chicos y chicas! Demos un fuerte aplauso a... ¡Nevada!

Salí de entre bambalinas con un saltito y levanté la mano, saludando al público, mientras me acercaba al centro del escenario del Teatro Filarmónica de Oviedo, donde me esperaba el temible presentador, un micrófono y los tres músicos que, aún no sabía muy bien por qué, habían accedido a ser mi banda.

Me acerqué con pasitos cortos al presentador. Le di dos besos y le miré con coquetería. Representar mi papel no era demasiado difícil. Solo tenía que convertirme en una

persona que me diera infinita pereza e intentar no morir del asco.

—Ramón, no hacía falta que montaras todo esto. Si querías verme no tenías que haber hecho nada más que llamarme, tonto.

Le di una juguetona palmadita en el pecho y el público se desternilló de la risa. «Ay, esta Nevada, ¡qué graciosa es!», podía escuchar rebotando en sus cerebros.

¿Por qué me prestaba a ser tan ridícula? ¿Por qué seguía haciendo el capullo de escenario en escenario? Llevaba tanto tiempo haciéndolo que empezaba a salirme solo. Y eso me aterrorizaba.

Pero eso era parte de mi trabajo, me dijeron: ser y hacer todo lo que los demás no pueden siquiera imaginar. «Debes cumplir los sueños de tu público, darles todas esas experiencias que querrían tener, vividas por ti, cosas que les ayude a distanciarse de sus aburridas vidas». Me sentí un poco sucia la primera vez que me lo dijeron, como si me prostituyera por aceptar esa visión de la realidad que ridiculizaba esas maravillosas vidas sencillas, tanto más grandes que la mía, llenas de una libertad y de una sinfonía de colores que yo, desde lo alto de aquel escenario, no sentía.

Esa maldita frase se convertiría con el tiempo en una sentencia, y esa leve sensación de suciedad se transformaría en una grumosa ceniza que contaminaría todo lo que aún quedaba por venir, condenándome a terminar jornada tras jornada entre las sábanas de algún gélido hotel después de pasar horas haciendo cosas que no quería hacer, cantando cosas que no quería cantar y estando con gente con la que no quería estar. Todo por intentar hacer bien un trabajo que ni siquiera se las apañaba para darme de comer.

El presentador me cogió de la mano con un ceremonioso gesto de teatralidad victoriana:

—Por favor, Miranda... ¿Te puedo llamar Miranda?

—Tú me puedes llamar como quieras, Ramón.